

maestría. Éste es uno de los tratados que, en mi humilde concepto, debía ser traducido y reimpreso, por hallarse expuesta en él de un modo admirable la doctrina eucarística, y resueltas las dificultades que un impío puede presentarla.

684. Guitmundo, arzobispo Aversano, escribió también contra Berengario. Había sido monje de S. Benito, cultivador de las ciencias y de las artes, particularmente de las Divinas Escrituras, y dirigió su obra, que forma tres libros sobre la Sagrada Eucaristía, al monje Rogerio, el cual figura en dicha obra como argumentador. Es digna de ser leída por la erudición y tino con que está redactada, especialmente se descubre en ella la claridad de inteligencia que orlaba la frente de los hombres doctos de aquellos tiempos.

685. Merece también particular mención el bienaventurado Sammone, arzobispo de Caza, († 1072) por una controversia que entabló con el sarraceno Achmed, respecto de nuestro adorable Misterio. Está llena de unción, y parece un completo catecismo eucarístico.

Florecieron, asimismo, como defensores de la Eucaristía, Bermo, en el sermón de Pascua; Adelmano, en la carta que escribió á Berengario; Alberico y Guitmundo, en el libro de los sacramentos; Hemberto, en la respuesta al libro de Niceta, é Ivo Carnotense, en la conveniencia del antiguo con el nuevo Testamento: trabajos todos magistrales y llenos de erudición y santo celo.

686. Volviendo á las glorias de nuestra España, aunque sólo sea de paso, nótese que en los siglos X y XI prosiguieron muchos de sus preclaros reyes la reconquista, teniendo por baluarte á Cristo Sacramentado. Los trabajos acerca de la reforma de la liturgia eucarística, son otros tantos laureles que pertenecen á este siglo. Al tener que entrar en el XII, preciso es manifestar con santo orgullo que nuestras victorias sobre los hijos de Islam fueron sucediéndose sin interrupción. Las iglesias eran reparadas unas y edificadas otras; el culto eucarístico más solemne; al lado de los reyes santos estaban Sta. Teresa y Sta. Sancha, hijas del rey Sancho I de Portugal.

687. Sin embargo, otros hombres, dejados de la mano de Dios, despreciaban nuestro adorable Sacramento. En el mediodía de Francia los albigenses, los petrobusianos y los enriquianos del Languedoc, se extendían por otras partes y amenazaban invadirlo todo. Empero la herejía jamás podrá triunfar de la verdad. S. Bernardo y Alberico, obispo de Ostia, atacaron fuertemente á los primeros, y Pedro el Venerable ahogó la voz de los demás.

688. También existieron preclaros hijos de la Iglesia, que con sus escritos en defensa de la Eucaristía impedían el paso de las herejías. Merece distinguido lugar S. Anselmo, arzobispo de Cantorbery, quién, habiendo entrado monje de S. Benito, desde joven, precisamente cuando era prior del monasterio el piadoso Lanfranco, se dió al estudio de la Divina sabiduría, en la que hizo tantos progresos que le merecieron la dignidad á que fué elevado. Nos dejó un libro de la diversidad de los Sacramentos.

689. Honorio de Autún, llamado por sobrenombre el solitario, sabio sacerdote de esta iglesia y luego monje, que floreció por los años 1120, nos legó dos preciosas obras sobre el Divino Sacramento del altar. Es la primera, *El Sacramentario*, ó libro de los sacramentos, en el que se ocupa de la Eucaristía, considerada desde un punto de vista general y parecido á como trata los demás sacramentos; y la segunda, *El Eucharisticon*, ó libro de la Eucaristía, en el que se detiene más, según lo especifica el título del mismo libro.

690. Pedro Lombardo, hermano de Pedro Comestor y de Graciano, conocido más bién con el epíteto de Maestro de las Sentencias, escribió también elegantemente en su obra de las Sentencias, el *Tratado de la Eucaristía*, que más tarde comentaron tantos celebérrimos doctores.

691. Algero de Lieja, que pertenece más á fines del siglo anterior, escribió contra los errores de Berengario, tres libros titulados: *De los sacramentos del Cuerpo y la Sangre del Señor*. Es una obra magistral, pero que se ha de leer con mucha cautela, particularmente el primer capítulo del segundo libro.

692. Odón, obispo de Cámera, redactó una sabia y devota exposición del santo canon de la Misa, donde se detiene en hacer ver la real presencia del Salvador en las Especies sacramentales.

Pedro Cluniacense escribió elegantemente contra Bustano sobre la Eucaristía. Sobresalieron además Ruperto, en su libro *De los Divinos Oficios*; Ricardo, en el *De Sacerdotio Melquisedech*; Guillermo Letusco, en la explicación de las misas de S. Juan Crisóstomo; Honorio Augustoduno; Hugo de S. Víctor, en su libro *De Trinitate*; Juan Belecio y Osmudo en el *Tratado de los Oficios eclesiásticos*.

693. Siglo fecundo en virtudes y ciencias es el XIII. En él existieron santos y sabios sacerdotes, reyes y simples ciudadanos, descollando en grado eminente, como sol entre los astros, Inocencio III, el Pontífice por excelencia, quien, por sus relevantes dotes, particularmente la prudencia, supo dominar, por decirlo así, los corazones de los soberanos de su tiempo. Natural de Anagni, y elegido Papa en 1198, subió al solio para dirimir cuestiones las más difíciles. Venerable por todos conceptos, dejó, sobre nuestro sacrosanto dogma, un libro denominado *Del sagrado Misterio del Altar*, obra dignísima de un Papa, santo, sabio y querido. Amante en extremo de la Eucaristía, al convocar el Concilio IV de Letrán, uno de los puntos sobre que insistió fué el imponer obligación á los fieles de que comulgasen anualmente, lo cual vió con satisfacción preceptuado.

694. Alejandro de Halés es otro de los astros más resplandecientes de este siglo. Oriundo de Inglaterra y consumado en las ciencias divinas y humanas, pasó á París donde enseñó filosofía y teología en la Universidad, obteniendo discípulos tan aventajados como el Sol de Aquino y el docto Serafín de los Menores. En 1222, habiendo hecho voto á la Santísima Virgen, de la que era muy devoto, de cumplir lo que se le pidiera por su amor, acertó á pasar por su casa un frailecito de S. Francisco, que le rogó entrase en

su Orden por amor á María. Alejandro cumplió su palabra. Sus comentarios sobre el Maestro, y otros escritos sobre la Eucaristía, revelan el grado de sabiduría y devoción que alcanzaba cerca de este Sacramento Divinísimo.

695. Quería Dios Nuestro Señor convertir el mundo á la virtud, y no tuvo más que mandarle dos extraordinarias lumbreras. Fueron Santo Domingo y S. Francisco. El primero, gloria de España, nació en 1170 en Caleruega, diócesis de Osma. Habiendo ido á Palencia para cultivar las letras, lo hizo con tanto esmero que le mereció la admiración de los circunstantes. El obispo de Osma le nombró canónigo de su iglesia, de donde salió para fundar la sagrada orden de Predicadores. Amante de nuestro S. P. S. Francisco, quiso fundir ambas órdenes, pero éste se lo impidió por revelación divina. Su amor á la Eucaristía era de tal manera que le parecía no poder vivir sin la dulce compañía de Jesús Sacramentado, y su celo por su defensa llegó al extremo de ser perpetuo martillo de los albigenses que con sus errores infestaban varios lugares.

696. ¿Qué diremos del Serafín de Asís, el que tuvo la dicha de ser perfecto imitador de Jesucristo, pues hasta con la impresión de las cinco llagas mereció ser su semejante? Todo el mundo sabe de memoria la santa vida de este prodigioso hombre, por cuyo motivo, y á fin de que no se me tache de exagerado, por pertenecer á su ínclita Orden, no diré ni una palabra en su favor. Las ciudades y las aldeas, los sabios y los ignorantes, los ancianos y los niños publicarían quizá mejor que el que suscribe, sus grandezas. Pero alguna cosa de notable acerca del amor que tuvo á la Eucaristía, me corresponde insinuar en este lugar. ¡Cómo se arrobaba Francisco delante de su Señor Sacramentado! Cuántas horas pasaría en su presencia, y cuántas serían las repetidas visitas que haría al Deífico Sacramento, se puede colegir de una ovejita que llevó cierto tiempo á su lado, la cual conocía por instinto el templo, el coro y la hora de elevar la santa Hostia en la misa. Jamás quiso ordenarse de sacerdote, por el profundo

respeto que profesaba al Sacramento Santísimo, y su reverencia á los ministros del Señor era tanta, que no se atrevía á predicar contra su voluntad. Tenía formado concepto tan elevado del sacerdocio, precisamente porque sus profesores consagran el Cuerpo y Sangre del Salvador, que solía decir: «Si yo viera al mismo tiempo á un sacerdote y á un ángel del cielo, me prosternaría primero delante de aquél y diría al ángel: aguarda que reverencie al sacerdote.» Nos dejó algunos bellos y devotos conceptos referentes á la sagrada Eucaristía; pero entre todos éstos descuella la fervorosa carta (1) que dirigió á todos los clérigos del universo tocante al respeto con que debemos tratar el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Es digna de ser leída, por la unción con que está redactada (2).

697. No debemos callar el nombre del célebre Durando, obispo de Mimate y táctico jurisconsulto, que escribió un libro ó tratado del origen y significación de las fiestas de la Iglesia, el cual da mucha luz para la historia de la Eucaristía.

698. Santa Clara de Asís. Procedente de ilustre familia, y educada en el santo temor de Dios, apenas comprendió al Patriarca de los Menores, propúsose imitarle y seguir sus consejos. No salieron fallidas sus esperanzas. Francisco adivinó entonces el plan que la Divina Providencia había trazado con la adquisición de Clara. Determinó constituirla Madre espiritual de todas las de su sexo que desearan ponerse bajo sus órdenes; y en efecto lo consiguió, formando ese santo ejército de vírgenes franciscanas, que tanta gloria han dado á Dios y á su Iglesia, y al mundo ejemplo tanto. Su inefable caridad para con la Eucaristía la llevó al extremo de consagrar toda su Orden al Santísimo Sacramento, y cuando se colocaba en su presencia, era transportada á las dulzuras celestiales. Estando impedida, mandaba que la bajasen al templo para consolarse en su amante Jesús sacramentado. En cuanto á la sólida fe de esta

(1) Es la XIII del I libro de sus opúsculos.

(2) Véase en el Apéndice.

egregia virgen, sabido es de todos el hecho de la expulsión de los sarracenos mediante la sagrada Eucaristía.

699. ¿Qué elogios pronunciaremos de dos monarcas tan prudentes como guerreros y santos, que florecieron en el siglo XIII: S. Luis IX de Francia, y S. Fernando de Castilla y León? Habiendo visto aquél la luz del día en Poissy, descubrió desde el principio su desmedido afecto á la virtud, particularmente por la poderosa influencia de su madre D.^a Blanca que le educaba. Nunca, quizá, el trono de Clodoveo vió rey mejor, ni más amado de sus vasallos que S. Luis. Cuando en su indecible caridad quería extender los dominios de Jesucristo, Nuestro Señor le humillaba hasta el punto de verse preso en poder sarracénico, aunque jamás el infortunio venció su invicta paciencia, ni el abatimiento su firme constancia; antes por el contrario, en sus mayores penalidades daba incesantes gracias al Dador de todos los bienes. La fe profesada á nuestro augustísimo Misterio, le llevó al extremo de no querer presenciar un prodigio en el que Cristo Señor Nuestro se manifestaba corporalmente en la Hostia consagrada, contestando con intrepidez al legado que le contó el caso: «Vayan enhorabuena los que no crean en tan admirable Misterio, que á mí la fe me basta.»

700. S. Fernando, hijo de Alfonso IX, rey de León, y de D.^a Berenguela de Castilla, apareció providencialmente en nuestra España, para glorificar el nombre del Redentor, abatiendo el orgullo del islamismo. Proclamado rey de Castilla por cesión que le hizo su santa madre, procuró á todo trance el verdadero bien de todos sus vasallos. Era en efecto un monarca conquistador, pero más de reinos para Jesucristo que para sí, aunque Nuestro Señor le engrandecía la monarquía al propio tiempo que él le dilataba su doctrina. Santo sin ficción, magnífico sin ostentación, dadivoso sin profusión, humilde sin abatimiento, valiente sin orgullo, amante de los suyos con equidad: he aquí el carácter del gran S. Fernando, prez de la España, que supo interpretar por entonces los sentimientos de tan santo rey. No dió batalla en que no ganase su destreza, la cual fiaba,

no en sí, sino en el brazo de Jesucristo. Para cuyo efecto la Eucaristía, que tanto él como S. Luis llevaban en sus ejércitos, era el baluarte que les defendía. Las cruzadas de este tiempo forman nueva época eucarística.

201. No digamos una palabra de la inconmovible fe y ardiente celo del Taumaturgo Paduano para con el adorable Sacramento, que le merecieron varios prodigios, obrados por el cielo en confirmación de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, defendida en sus elocuentes sermones.

Tampoco de Santa Juliana, priora de Monte-Cornillón, religiosa celosísima del Santísimo Sacramento, una de las que trabajaron sin descanso por la institución de la fiesta del Corpus.

Ni de la reclusa Eva, insigne en virtudes y gran confidenta de la anterior.

Ni de Roberto, obispo de Lieja, que mandó celebrar en su diócesis la primera fiesta del Sacramento Augusto; ni tampoco de los PP. Dominicanos que influyeron y trabajaron por alcanzar dicha fiesta.

Menos todavía de Urbano IV, pontífice máximo, hijo de un artesano de Troyes y gran devoto de la sagrada Eucaristía, que tuvo la indisputable gloria de instituir perpetuamente la solemnísima é inimitable fiesta del Santísimo Cuerpo de Jesucristo. Todos los mencionados pertenecen á la valiente falange eucarística del siglo XIII.

202. Mas ¿qué palabras insertaré en loor de los dos soles de las Órdenes de Predicadores y Menores, Santo Tomás de Aquino y S. Buenaventura? Sólo sus nombres dicen más que las mejores biografías que podamos hacer de los mismos. Hijo el primero, de los condes de Aquino, y educado en su infancia por los monjes, pasó á estudiar á Nápoles, donde tomó el hábito de Santo Domingo. Más tarde completó sus estudios en Colonia y en París, saliendo de ellos tan sabio como humilde. En esta virtud era tan esmerado, que habiéndole asegurado un hermano lego, por conocer su humildad, que volaba un asno,

se acercó á la ventana para mirarle. Era muy fino amante de Jesús Sacramentado, el cual desde la sagrada Hostia le aseguró que había escrito bien de su máximo Misterio. Á más de los comentarios que redactó sobre este Sacramento, y del Oficio del Corpus, compuso un opúsculo, distribuído en 33 capítulos, sobre la doctrina teológica de la Eucaristía. Está lleno de erudición y suavidad, muy digno de ser leído y meditado. El Sr. Carbonero y Sol ha redactado y publicado una esmerada traducción del mencionado opúsculo.

203. S. Buenaventura, llamado en el bautismo Juan Fianza, pues aquel nombre se lo impuso Nuestro Padre S. Francisco, nació en Balneoregio, distinguiéndose desde su infancia en la virtud y en el ingenio. Á los 22 años ingresó en los Menores, quienes confiaron su ilustración al gran Alejandro de Alés. De él dijo el sabio Gersón que tal vez la Universidad de París no tuvo jamás doctor semejante. Clemente IV le dió el arzobispado de Yorch que rehusó; mas Gregorio X le mandó aceptar por obediencia el capelo y la silla de Albano, en cuyas dignidades se mostró tan sumiso como digno. Después de haber sido por muchos años general de la Orden, el mismo Gregorio le mandó que asistiese en calidad de legado al Concilio de León, donde murió luego de haber predicado en dos de sus sesiones. La Iglesia le debe la unión de los griegos á los latinos. Su tierno amor para con la Eucaristía se demuestra en los hermosísimos Comentarios, y un libro titulado *Del Cuerpo del Señor*, que escribió sobre este Sacramento, y muy particularmente en habersele entrado en la boca y en el corazón el mismo Jesús Sacramentado.

Brillaron en este mismo siglo el Papa Juan XXII, que en el formulario sobre su fe declara terminantemente el dogma de la Eucaristía. El Pontífice franciscano Nicolao IV que, llevado de amor al Deífico Sacramento, colocó la primera piedra para el templo de Orvieto. Cabasilas en su *Libro del Sacrificio del altar*, aunque se debe leer con mucha cautela. Simón de Tesalónica, en otro, sobre los siete sacramen-